

# Mayo francés sin novia

Orlando Gallo

Si para participar en la revolución imaginaria de Mayo del 68 había que tener veinte años y una novia con boina, como lo señala Antonio Caballero, nada más ajeno para mí en ese momento. Próximo a salir a las vacaciones de mitad de año, en la Escuela Edgar Poe Restrepo, todo mi amor le estaba destinado a Ángela Restrepo, la núbil profesora de segundo de primaria a quien rendía una devoción que el gordo Villegas, mi compañero de pupitre, confundía con lambonería.



Álvaro Barrios. *Sin título*. Tinta y acuarela sobre papel. 26 cm. 2006

Hacía unos dos años había acontecido el que es tal vez mi recuerdo más antiguo de un día completo. Un paseo familiar al cercano municipio de Rionegro, un almuerzo a la orilla de su torrentoso río, con baño incluido en una frustrada primera clase de natación dada por mi padre, que todavía

hoy robustece mi fobia al agua y hace que en mis peores pesadillas no haya un pedazo de tierra a la vista.

El somnoliento regreso en el bus de escalera estuvo amenizado por la ceremonia de

posesión del doctor Carlos Lleras Restrepo, penúltimo presidente del Frente Nacional, quien iniciaba ese día un convulsionado cuatrienio cuyo final estuvo marcado por los fogosos sucesos del 19 de abril de 1970, con la denuncia del fraude electoral por parte de la ANAPO y la imagen del mandatario mirando su reloj y mandando a la cama a todo un país.

Mi padre, también calvo y bajito, celebró como suyo ese gesto dominante, tan parecido al que diariamente esgrimía en el pequeño feudo donde toda la subversión se reducía a

Protector, De Gaulle y Estados Unidos le apostaba a un Nixon que habría de sumergir al país en el infierno vietnamita. Pero, de todos modos, nada volvería a ser igual después de la sonrisa indefensamente desafiante de Danny el Rojo frente al desconcertado policía francés y de los punzantes grafitis, que el mismísimo Julio Cortázar anotaba en su libreta, atravesando la rue Jacob y diciéndole a su paisano Tomás Eloy Martínez: “El futuro está al alcance de la mano. Por fin empezamos a vivir en un estado de revolución permanente”.



Álvaro Barrios. *Sin título*. Tinta y acuarela sobre papel. 28x55cm. 2006 Es

mis esporádicas ironías y a la férrea negativa de mi mamá a ir a misa.

En el mundo, la confrontación entre el poder y las ansias libertarias tuvo entonces más de simbólico que de real. Como si nada hubiera cambiado, pasado mayo, Francia entera se arrojaba a las urnas para reelegir al Padre

más bien esa revolución permanente lo que mejor nombra los efectos de ese momento del siglo para mí. De la mano de Cortázar, claro, pues a comienzos de 1975 abordaría *Bestiario* y *Final del juego* y luego todo lo suyo que se me atravesara, minando así de una vez y para siempre cualquier posibilidad de pertenecer a la grey de los cómodos perpetuadores del *establishment*. Sobre todo el interior. En las

coordinadas de Cortázar, tratando de ser siempre más cronopio y menos fama.

Preservar la mirada adolescente puede ser todo un postulado ético. Inscribirse y actuar en el mundo, dejándola a salvo, puede ser un jugoso botín de esas fechas.

Ya en lo práctico, la universidad estuvo para nosotros poblada de compañeras sin remilgos que sabían muy bien como terminar esas prolongadas sesiones de estudio de los maestros de la sospecha: Nietzsche-Marx-Freud. Ello no habría sido posible, tal vez, sin la abnegada tarea de las estudiantes parisinas.

**Orlando Gallo** es poeta. Abogado egresado de la Universidad de Antioquia, fue ganador del Premio Nacional de Poesía de la misma Universidad con el libro *Los paisajes fragmentarios* y del premio Eduardo Cote Lamus con *La próxima línea tal vez*. Ha publicado, entre otras, las obras: *Siendo en las cosas*, *Todas las cosas es lo único que dejamos*.